

## Románico y circunrománico sobre la suerte de latín «ae»

1. Leyendo *Roman History from Coins* de Michael Grant he podido ver lo que las monedas, material que al profano se le figura poco menos que estéril, significan, al ser tratadas por una mano experta, como fuente de conocimiento histórico. Y, como un especialista no puede menos de trasladar cualquier observación a su propio terreno, se me ocurría que valdría la pena de escribir una historia del latín para la cual, dejando a un lado deliberadamente la corriente caudalosa de la tradición directa, manuscrita o epigráfica, se aprovecharan solamente los regajos desviados, de curso torrencial y por ello imprevisible, de las huellas que la influencia latina dejó en las lenguas en contacto y, por mediación de éstas, en otras más lejanas.

Hallazgos arqueológicos realizados fuera de las fronteras del Imperio dan testimonio de su comercio y de su industria. Del mismo modo, las palabras viajeras, de manufactura extranjera a veces, que con tanta fortuna exportó el latín nos facilitan información sobre su léxico, incluso cuando sus continuadores directos, los romances, tienen que permanecer mudos: es típico el caso, mencionado a menudo, de *archiater* (gr. ἀρχίατρος 'protomédico'), conservado sólo en alemán

(mod. *Arzt*) y en el vasco *atxeter*, caído ya en desuso<sup>1</sup>. Las vicisitudes de un término como lat. *catillus*, tantas veces repetido en La Graufesenque<sup>2</sup> y muy vivo en vasco (*gathilu*, etc.), que, a través del germánico (cf. ingl. *kettle*, al. *Kessel*, etc.), ha llegado al báltico (lit. *kātilas*), al eslavo (ruso *kotël*, 'marmita' 'caldera') y por último al finés (si aquí termina la historia), no son más variadas que las de lat. *caupo*: al. *kaufen*, ingl. *cheap* 'barato' (anglosajón *céap* 'precio'), ruso *kupit* 'comprar', finés *kauppa* 'trato' 'compra', etc. Lo malo es que el seguir tales andanzas exige, además de mucho espacio, una erudición casi universal que no se consigue con facilidad<sup>3</sup>.

2. Pero no es aquí, en este trasiego de piezas sueltas, donde se detiene el intercambio lingüístico y, por otra parte, un examen más atento, con finalidades que no se agotan en satisfacer una vaga curiosidad de orden histórico-cultural, puede llegar a resultados más importantes, por sistemáticos, acerca de las estructuras lingüísticas en contacto y su evolución. Poco importa que por regla general el latín, por ser mejor conocido, dé más de lo que recibe en este trueque de informaciones<sup>4</sup>. Basta, en un terreno donde no se busca la ventaja a toda costa, con que este estudio le sea de algún provecho, aunque no sea más que en puntos aislados.

Limitándonos a lo fonológico, ya que nos vamos a mover en adelante dentro de los límites de este campo, la información que se puede obtener depende, como es bien sabido, de la estructura de los sistemas en contacto. Según su complejidad, la adaptación y acomodación a que tiene que ajustarse toda incorporación de materiales extraños, en la medida en que éstos se apropian realmente, se hace muy pocas veces, si alguna, en condiciones de estricta paridad. Por lo común, se abandonan distinciones pertinentes en la lengua de origen

(1) Señalado por H. SCHUCHARDT en *ZRPh* 16 (1892), p. 521 s. Cf. MEYER-LÜBKE, *Introducción a la lingüística románica*, Madrid 1926, p. 194.

(2) J. WHATMOUGH, *The Dialects of Ancient Gaul*, Ann Arbor 1949-51, p. 274 ss.

(3) Es útil todavía el artículo de J. JUD, «Probleme der altromanischen Wortgeographie», en *ZRPh* 38 (1917), p. 1-75.

(4) Cf., para los préstamos latinos en albanés, E. ÇABEJ, en *Revue de linguistique* 7 (1962), p. 161 ss.

porque carecen de correlato en la lengua receptora; en ocasiones, sin embargo, ésta posee en ciertos puntos una red fonológica más tupida, de malla más fina, que alcanza a reflejar matices puramente fonéticos, no distintivos en la otra<sup>5</sup>.

De esto se sigue que todo estudio de este género, aunque quede restringido al examen de detalles muy concretos, tiene que hacerse desde un punto de vista estructuralista, atento a la totalidad, si ha de ser de algún provecho. Esto, por otra parte, no constituye de hecho ninguna novedad, porque los postulados básicos del estructuralismo han sido tenidos en cuenta implícitamente, como se sabe, mucho antes de que éste fuera formulado como teoría.

Cuando se trata de préstamos y de las conclusiones de orden más general que de ellos se pueden sacar, es evidente que las respuestas dependerán del carácter de la lengua que vayamos a interrogar. Está claro, por ejemplo, que las *Afrae aures*, que no entendían de vocales largas o breves, poco nos podrán decir acerca de la cantidad en el vocalismo latino<sup>6</sup>. Para esto, será mejor dirigirse a lenguas que poseían una correlación de cantidad semejante a la latina, es decir, en Occidente, a las germánicas y célticas. A estas últimas sobre todo que, aunque nos cueste creerlo si conocemos su aspecto moderno, estaban tan cerca del latín en muchos aspectos.

3. En la conocida *Fonología española* de Emilio Alarcos Llorach<sup>7</sup> se recoge y resume, con la claridad y precisión que distinguen a esa obra, la ingeniosa teoría, esbozada por L. Novák y desarrollada por Haudricourt-Juilland, según la cual la

(5) Véase, en general, U. WEINREICH, *Languages in Contact*, Nueva York 1953.

(6) Aun limitándonos al timbre de las vocales, me parece que su testimonio, sin una crítica previa, no es tan importante como se suele decir: cf. M. L. WAGNER, *Restos de latinidad en el N. de Africa*, Coimbra 1936, D. ALONSO, *ELH* (= *Enciclopedia lingüística hispánica*) I, Supl., p. 8, B. E. VIDOS, *Manual de lingüística románica*, Madrid 1963, p. 181 s. (donde vasc. *burkilla* 'roca', es un descuido por 'rueca'). ¿Qué sabemos del vocalismo del libro antiguo y de su evolución? Además, fuera de lo puramente fonético, ¿no había ciertos «esquemas» («patterns»), en el sentido de Cantineau, a los que habían de ajustarse los préstamos? En todo caso, cuando uno ve que el continuador de lat. *porta* es *tabburt*, etc., tiene algún motivo para desconfiar del vocalismo de *ulm(u)* 'ulmus', etc.

(7) 3.ª ed., Madrid 1961, p. 206 ss.

monoptongación del diptongo *ae* inició el proceso que había de producir a breve plazo la ruina del sistema cuantitativo del vocalismo latino clásico. En efecto, su resultado, una *e* larga como reducción de un diptongo, pero al mismo tiempo abierta, a diferencia de las demás vocales largas, más cerradas que las breves, hubo de determinar una nueva ordenación de las unidades en la que el timbre, no pertinente hasta entonces, cobraba valor con mengua de la correlación de cantidad.

Alarcos, sin embargo, no deja de señalar que algunos encuentran desproporcionada la humildad de la causa en relación con la magnitud de los estragos producidos. Valga lo que valga mi opinión, tengo que decir que me hallo entre estos escépticos. Si por brevedad es lícito emplear una terminología animista, parece difícil concebir que «la lengua» no acertara a encontrar un medio menos oneroso de preservar una distinción de escaso rendimiento, sino que, como en el milagro de Pisa contado por Jardiel Poncela, hubiera de sacrificar a grandes y chicos por centenares para guardar con vida a este puñado de inocentes. Uno de estos recursos habría sido no consumir la monoptongación, como no se llegó a consumir la paralela de *au*, que también habría tenido por resultado una *ō* de timbre abierto; otro, el de su fusión con fonemas ya existentes. Este último, no hay necesidad de decirlo, es el resultado que testimonian las lenguas románicas, donde *ae* ha confluído con *e*, excepto en cierto número (bastante crecido) de casos en que *ae* se ha confundido, al menos parcialmente, con *ē*: *fēnum*, *sēptum*, etc. Pero, y esto es lo decisivo, la distinción no llegó a conservarse en parte alguna.

4. Además, la otra explicación que presenta Alarcos, procedente de Harald Weinrich<sup>8</sup>, se desarrolla casi con el rigor de un razonamiento matemático. En una primera etapa se ma-

---

(8) *Phonologische Studien zur romanischen Sprachgeschichte*, Münster West. 1958, p. 12 ss. A la fase prehistórica corresponde también la abreviación de vocal larga ante sonante más consonante (*uentus*, gót. *winds*, galés *gwynt*, que puede no ser un préstamo, etcétera) tratada por F. SOMMER, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, Heidelberg 1914, §84, 1. Se trata de una tendencia bien conocida en otras partes, cuya manifestación griega se conoce por «ley de Osthoff». Cf. M. LEJEUNE, *Traité de phonétique grecque*, Paris 1955, § 200.

nifiesta claramente la tendencia a reducir a dos los cuatro tipos de constitución silábica (*rota, gutta, sōlus, stēlla*), de forma que las oposiciones de cantidad vocálica no se mantuvieran más que ante consonante breve. Su primera fase, prehistórica, alcanza a las oclusivas (*mēcum, praeco*, etc., y, por otro camino para llegar al mismo punto, *mitto*); la segunda se ejemplifica, en época ya plenamente histórica, con la conocida reducción de *ss* tras vocal larga o diptongo (*causa, mīsit*, etcétera). La tercera y última, que en la práctica afecta a *ll* y tal vez a *nn*, es posterior en varios siglos, puesto que en la diversidad de los resultados se manifiesta ya, como señala Weinrich, la fragmentación románica; se trata, de otra parte, de una tendencia que no acaba de cumplirse en todo el territorio<sup>9</sup>. Cuesta aceptar que esta especie de larga preparación no haya sido factor determinante de la segunda etapa en que, como correlato lingüístico del predominio de la mayoría sobre las minorías selectas<sup>10</sup>, se da el paso decisivo que convierte la cantidad vocálica en mero epifenómeno de la consonántica, única pertinente en adelante.

Además, como también advierte Weinrich, la ruina de la cantidad vocálica latina, en cuanto proceso evolutivo, no es un fenómeno aislado en la Europa occidental. En celta británico (o britónico, como dicen otros), aparece hacia el año 600 una nueva ordenación en que la cantidad de las vocales se regula por la constitución silábica o, en otras palabras, se convierte en función del consonantismo, largo o breve, que sigue a la vocal<sup>11</sup>. En inglés medio se abrevian primero las vocales largas en sílaba trabada y después, hacia el siglo XIII, se alargan las breves, como en latín tardío, en sílaba libre; la tendencia se va propagando en las lenguas germánicas y acaba por triunfar

(9) Sigo a J. COROMINAS, s. vv. *anguila, camello (camellus*, si de algo vale el testimonio románico, no tenía la vocal breve del suf. *-ellus*, a pesar de Niedermann), *estrella, olla, querella*, etc. Entre una explicación simple y una ingeniosa, que recurre a alguna entidad no comprobable empíricamente, la primera me parece siempre preferible y lo más simple es pensar, de acuerdo con los hechos románicos, que no se simplificó *-ll-* ni se abrevió la vocal precedente en una parte de la Romania. Cf. abajo, §11 s.

(10) Cf. M. C. DÍAZ y DÍAZ, *ELH* 1, p. 156.

(11) KENNETH JACKSON, *Language and History in Early Britain*, Edimburgo 1956, §34-35, y HOLGER PEDERSEN, *Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen* I, Göttingen 1909, §203-206, obras a las que continuamente remito en lo que sigue.

en islandés a finales del siglo XVI<sup>12</sup>. La similaridad, repito para mayor claridad, atañe más al cambio en cuanto tal que a sus resultados, a no ser que resumamos éstos en el denominador común de la ruina del sistema antiguo. Así el alto alemán moderno conoce la oposición de cantidad en las vocales y no en las consonantes (salvo en la escritura en que ésta, por una curiosa inversión, se emplea para indicar aquélla), pero las relaciones cuantitativas actuales no permiten inferir las antiguas: *Vater* tiene vocal larga, como *Bruder*, pero la *u* de *Mutter* es breve, al revés de lo que en otro tiempo ocurría (cf. lat. *pater*, pero *māter* como *frāter*).

5 Pero estas líneas, a pesar de esta introducción demasiado general y de algunas largas digresiones que habrán de hacerse más adelante, van encaminadas a discutir un punto de detalle: la historia del diptongo latino *ai*, más tarde *ae*.

Esta, según la exposición de Niedermann, puede resumirse así: *ai* pasó a *ae* durante el siglo III a. C. y se convirtió en el monoptongo  $\bar{e}$ , distinto del ant.  $\bar{e}$  por su timbre más abierto, a principios del siglo II a. C., de modo que ya en 186 a. C. *aedem*, y con más razón *aiquom*, es una grafía histórica, no fonética. Pero, junto a esta pronunciación urbana, había otra, rústica, que confundía en una  $\bar{e}$  cerrada común los resultados de *ae*, ant.  $\bar{e}$  y, más adelante, los procedentes del diptongo residual *oe*.

Las pruebas son varias. Está en primer lugar *prehendō/prēndō*, ya desde Plauto, de *\*prai-hendō*, cuya  $\bar{e}$  se había abreviado ante vocal. Viene luego el hecho conocido de que *ae* sea el correlato de gr.  $\eta$ , de timbre abierto, en algunos préstamos: *scaena* (*proscænium* y *obscaenus?*), *scaeptrum* y acaso *Cūmae* =  $\text{Κόμη}$ . Elimina la contraprueba del gótico *Kaisar* 'Caesar', cuya pronunciación arcaizante atribuye a las veleidades gramaticales de Claudio, al tiempo que recuerda que, en la versión de Wulfila, 'Graecus' es *kreks*<sup>13</sup>.

(12) Cf. ALF. SOMMERFELT, *Diachronic and Synchronic Aspects of Language*, 's-Gravenhage 1962, p. 81 ss. La prioridad del acento, como factor determinante, es naturalmente una doctrina que Sommerfelt ha tomado de la escuela francesa.

(13) M. NIEDERMANN, *Précis de phonétique historique du latin*<sup>4</sup>, París 1959, §31.

6. No es mi intención penetrar, a propósito de *scaena*, etcétera, en el laberinto de las discusiones que han provocado adaptaciones latinas como *Aesculapius*, *crāpulo* / *κραιπάλυ*, *crepida* / *κρηπίδα* (acus.), *paelex*, *Saeturni* / *Sāturnus*, etc., o, por otro lado, *caupō* / *κάπηλος*. Haya mediado o no el etrusco en todos o en algunos de los casos<sup>14</sup>, resulta tentador poner al lado de *scaena* / *σκηνη*, como ya se ha hecho, el paralelo de *scauria* (-ea) / *σκαυρία*<sup>15</sup>, con una representación equivalente de *ō* griega abierta. Tampoco se hace necesario suponer que el diptongo de esta variante de *scōria* no haya tenido más que una realidad gráfica<sup>16</sup>.

Pero el testimonio germánico merece ser discutido. Es accesorio, en efecto, que sea mejor prescindir del testimonio gótico (*kaisar*, *kaisaragild*) por no ser probativo, ya que Wulfila, con arreglo al modelo griego de su tiempo, echó mano del dígrafo *ai* para representar *e* breve, lo mismo que de *au* para *o* (variantes de gót. /i/ y /u/, respectivamente, al menos en un estadio algo anterior): *laigaion* 'legio', *Paitrus* (cf. *praetoriaun* 'κραιτώρον'), *praufetus*, *Saulaumon*, etc. Pero el alto al. ant. *keisar*, *keisur* y otras formas germánicas dan fe de un diptongo (que podía muy bien ser *ae*, no *ai*) cuya pronunciación corriente difícilmente pudo conseguir una imposición imperial. Es cierto, con todo, que este ejemplo está completamente aislado: por ello, contra lo que piensa Niedermann, tal vez sea mejor suponer que llegó al Rhin desde el curso inferior del Danubio<sup>17</sup>.

(14) Véase, además de los conocidos repertorios etimológicos de ERNOU-MEILLET y WALDE-HOFMANN, L. R. PALMER, *The Latin Language*, Londres 1954, p. 51. Para *Clutemēstra* en Livio Andrónico, en principio de senario yámbico, cf. SOMMER, §84, 4.

(15) También *scauriorum*, gen. pl., en la Lex metalli Vipascensis, CIL II, 5181: cf. S. MARINER BIGORRA, *ELH* 1, p. 221.

(16) Para mozárabe *escáuria* «escoria generalmente» y sus representantes, véase F. J. SIMONET, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, Madrid 1888, p. 186: hay también apellido vasco *Escauriaza*, junto a *Escoriaza*. No me parece preciso pensar, con MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, § 196, nota 2, que se trata de un «diptongo antietimológico». No tengo a mano *Romance Philology* 1 (1947), p. 91, nota 27, a donde remite COROMINAS, s. v. *escoria*.

(17) A. PAGLIARO-W. BELARDI, *Linee di storia linguistica dell'Europa*, Roma 1963 p. 163, nota 1, sugieren esta posibilidad: del germ. pasó *Caesar* al esl. ant. *cēsari* 'car', (p. 165 y 172). No parece oportuno pensar como mediador en el latín balcánico, que usaba *imperator*: cf. KR. SANDFELD, *Linguistique balkanique*, París 1930, p. 54. En vasco tampoco hay huellas del diptongo *ae*. En todo caso, el único ejemplo indudable-

En cuanto al gót. *kreks*, sólo prueba que en el siglo IV, o algo antes, no había diptongo en *Graecus*: *kreks* coincide con *mes* 'mē(n)sa', puesto que ambos se escriben con la misma letra, ε, que generalmente se supone representa una vocal larga y además cerrada, a causa de las frecuentes vacilaciones entre *e*, *ei* e *i*<sup>18</sup>. En germánico occidental, en vista del a. al. ant. *chreachi*, etc., comparable a *meas*, *mias* 'mensa', se trata de la un tanto enigmática entidad conocida por  $\bar{e}_2$  (distinta de la ant.  $\bar{e}$  que se abrió en germánico del Norte y del Oeste)<sup>19</sup>, con cuyos escasos representantes confluyeron tantos ejemplos de lat. tardío *e*, alargada en sílaba libre u originariamente larga: *brīaf*, *brīef* 'Brief', *fiēbar* 'Fieber', *priester* 'Priester', *spiagal* 'Spiegel', *ziagal* 'Ziegel', etc. Cf., con vocal cerrada, *fīra* 'Feier', *pīna* 'Pein', *spīsa* 'Speise' (<*fēria*, *poena*, *expēnsa*).

En sentido contrario, se ha eliminado el diptongo germánico en lat. *sāpō* < germ. \**saip-*: es improbable, en efecto, que se haya tomado de una forma ingveónica (cf. anglosaj. *sāpe* 'soap') e incluso que esta reducción dialectal de *ai* se hubiera cumplido ya en tiempos de Plinio el Viejo.

7. Se diría que en general las opiniones que se han expresado acerca de la monoptongación de *ae* son mucho menos categóricas que la de Niedermann. En efecto, una cosa es aceptar que la tendencia ha empezado a manifestarse muy pronto, puesto que hay ejemplos seguros (como el *Céciliús pretór* del hexámetro de Lucilio), y otra que esa tendencia se haya consumado de modo que todos los casos de *ae* se distribuyeran, a excepción de *Caesar*, entre el monoptongo abierto y urbano y el cerrado y rústico. El diptongo se mantuvo, según algunos, en el nivel más culto, conforme al testimonio de Quintiliano y de Terencio Escauro, hasta bien entra-

---

mente antiguo sería *gezi* 'dardo' < *gaesu*, si procede directamente del latín. Es claro que *vasc. ezkur* 'bellota', ant. 'árbol' 'roble' (no *eskur*, como escriben ERNOUT-MEILLET), si tiene algo que ver con lat. *aesculus*, no procede de él.

(18) También *ei* =  $\bar{i}$  sigue el modelo griego. Cf., por ej., H. DESSAU, *Inscriptiones Latinae selectae* 8871: Ρονζεῖνον, πρειμ[ο] περιλάριον Ζειλίαρζον

(19) Cf. H. KRAHE, *Germanische Sprachwissenschaft* I, Berlín 1960, §31.



do el Imperio<sup>20</sup>; la monoptongación, para otros<sup>21</sup>, no se convirtió en pronunciación única hasta una época tardía en que ya habían dejado de existir las diferencias cuantitativas. En tal caso, el problema de la cantidad del monoptongo (que, por lo común, se suele declarar «probablemente larga») se convierte en una mera cuestión académica.

En Pompeya, para atenernos a un grupo bien fechado de textos de carácter espontáneo, V. Väänänen constata un debilitamiento de la cantidad, que se manifiesta en errores métricos (*út uidéres Vénerém*, por ej., en fin de senario yámbico) y más todavía en el frecuente uso de *ae* por *e* (pero cf. *aegisse* = *ēgisse*) y, a la inversa, de *e* por *ae* (*eris* = *aeris*, etc.), a causa de su común timbre abierto: «la différence de timbre l'emportait donc déjà sur celle de durée»<sup>22</sup>.

Del examen de las inscripciones hispanas en verso, S. Mariner Bigorra llega a la conclusión de que *e* procedente de *ae* se mantuvo larga sólo hasta el siglo II de nuestra era y que la monoptongación, de acuerdo con Carnoy, se propagó desde la Bética y los puertos principales, es decir, desde la zona más romanizada<sup>23</sup>. Son especialmente probativos, a su entender, algunos versos, anteriores al siglo II, en que *e*, sustituto gráfico de *ae*, conserva su cantidad<sup>24</sup>.

8. Todo esto es muy razonable y puede tomarse como punto de partida en un terreno tan manifiestamente inseguro

(20) SOMMER, §61.

(21) Cf., por ej., A. MEHLET-J. VENDRYES, *Traité de grammaire comparée des langues classiques*<sup>3</sup>, París 1960, §117. Más categórico, M. BASSOLS DE CLIMENT, *Fonética latina*, Madrid 1962, §100.

(22) *Introduction au latin vulgaire*, §45 y 59, con referencia a *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*<sup>2</sup>, Berlín 1959, p. 18 ss.

(23) *Inscripciones hispanas en verso*, Barcelona-Madrid 1952, p. 18 ss.

(24) Por ej. *Léli 'Laeli'*, en un septenario trocaico grabado a punzón en el balneario de Aquae Caldae, núm. 1900 del supl. de E. LOMATZSCH a *Carmina Latina epigraphica* de BÜCHELLER. Sin embargo, este verso, como el del núm. 1899 (*Hóc qui scripsit Súrídnuš pēdicáuit Māeuiúm*, de Mérida), por la falta de resoluciones y coincidencia total de ictus y acento, podrían bien ser acentuativos, cosa que no se puede probar, como dice Mariner, por carecer de errores cuantitativos. Una de las virtudes del latín, sea dicho de paso, es que se puede repetir cualquier atrocidad escrita en esa lengua no sólo sin empacho, sino hasta con cierta unción.

como suele serlo el de la iniciación, progreso y victoria definitiva de las tendencias fonéticas, que no se produce *in actu oculi*, como sabemos demasiado bien.

Con todo, el argumento de Väänänen, basado en el intercambio de los signos gráficos de una antigua breve y de una antigua larga, no es acaso tan concluyente como a primera vista parece. Es posible, en efecto, presentar un paralelo seguro del cual, también con seguridad, no se puede llegar a esa conclusión. Cuando a consecuencia de la psilosis (pérdida de la aspiración) en jonio del Asia Menor quedó disponible la letra H, ésta y el signo paralelo que se arbitró para la serie posterior, Ω, permitieron distinguir en el vocalismo oposiciones que hasta entonces no habían hallado expresión. Pero estos signos en un principio se usaron para representar las antiguas  $\bar{e}$ ,  $\bar{o}$  abiertas y distinguirlas de las nuevas  $\bar{e}$ ,  $\bar{o}$  cerradas, resultado de contracción o de alargamiento por compensación, que se siguieron escribiendo *E*, *O*, lo mismo que las vocales breves correspondientes, de timbre también cerrado: luego, la monoptongación de *ei*, *ou* en  $\bar{e}$ ,  $\bar{o}$  cerradas permitió establecer la distinción gráfica tripartita que nos es familiar. Pero importa subrayar que esta innovación en la escritura sirvió primero para la notación de la diferencia de timbre en las vocales de apertura media, aun a costa de dejar sin expresión la diferente cantidad, que sólo secundariamente y como por accidente llegó a ser señalada<sup>25</sup>. Y sin embargo, nadie puede dudar de que ésta tuviera vida lozana en el mundo griego, entonces y mucho más tarde.

La equivalencia lat. *ae* = gr.  $\eta$  necesita también algunas precisiones, sobre todo de fecha, que no se suelen dar. En el siglo I de nuestra era es normal la transcripción de lat.  $\bar{e}$  por  $\eta$ : cf., en Pompeya mismo,  $\phi\eta\lambda\iota\kappa\iota\tau[\epsilon\rho]$  'ēliciter',  $\tau\eta$  'tē'. A partir de fines de ese siglo se suceden rápidamente, en ático, la monoptongación de  $\alpha\iota$  en una nueva  $\bar{e}$  de timbre abierto, la segunda ola de iotacismo con  $\eta > \bar{i}$  y, al fin, la ruina del siste-

---

(25) LEJEUNE, §196, MEILLET-VENDRYES, §151.

ma cuantitativo: cf. Γεω, hacia 150 d. C., citado por Sommer, como *Χαίρεται* 'Χαίρετε', *πρημηχιρις* 'prīmīcērius', etc.<sup>26</sup>

9. Weinrich<sup>27</sup> incluye con razón los préstamos latinos en céltico, en los cuales lat. *ae* aparece tratado como *e*, entre los datos que permiten fechar la monoptongación y la sustancia fonética del resultado. Pero esta prueba merece ser tratada con algún detalle: sin ser una novedad en ningún sentido, no se conoce ni se valora debidamente, si no me equivoco mucho. Los inconvenientes de la confusión babélica alcanzan también a los lingüistas, en contra de lo que se podría pensar, ya que a veces parecen ser incapaces de comunicarse y entenderse entre sí: el campo de las lenguas célticas, en particular, es un coto cerrado en el que apenas se atreven a aventurar más que los celtistas, y naturalmente los celtas. Así se comprende que los esfuerzos de Kenneth Jackson<sup>28</sup> para dar a conocer éste, entre otros puntos importantes para el conocimiento de la fonología de un tipo de latín provincial, no se hayan divulgado tanto como merecían.

Si elegimos una sola lengua céltica, por simplificar la exposición, será mejor escogerla entre las británicas, sin recurrir al irlandés más que ocasionalmente, puesto que los préstamos han llegado a éste, por lo general, a través de aquéllas<sup>29</sup>. Y, de las británicas, resulta ventajoso atenerse al galés, lengua insular viva y mejor conocida que el córnico.

Algunas características de los préstamos que consideramos son sumamente favorables para un estudio de este género: su

(26) M. S. RUIPÉREZ, «Esquisse d'une histoire du vocalisme grec», *Word* 12 (1956), p. 67 ss., en particular p. 75 s. Cf. M. NONOLI, *La pronuncia del latino nelle scuole dall'Antichità al Rinascimento* I, Turín 1962.

(27) P. 16, con referencia a PEDERSEN.

(28) No he podido consultar su trabajo «On the Vulgar Latin of Roman Britain», en *Mediaeval Studies in Honor of J. D. M. Ford*, Cambridge, Mass., 1948. Sigo su *Language and History in Early Britain*, citado en la nota 11.

(29) Cf. J. VENDRYES, *De Hibernicis uocabulis quae a Latina lingua originem duxerunt*, París 1902 y, más recientemente, *Lexique étymologique de l'irlandais ancien*, Dublín-París, A (1959), M-N-O-P (1960). Se emplea (como para el anglosajón) el acento para indicar la cantidad larga de las vocales irlandesas y en general la graffa normalizada de R. THURNEYSSEN, *A Grammar of Old Irish*, Dublín 1946.

número es bastante crecido (se habla de unas 800 palabras)<sup>30</sup> y constituyen un conjunto, en cierto modo cerrado, que se puede fechar con alguna aproximación. No lo creía así Pederesen, pero su juicio se debe sin duda a que no se detuvo a pensar que las condiciones en otros campos son mucho peores. Ni la influencia latina empezó en la Gran Bretaña con la conquista de buena parte de la isla en el siglo I de nuestra era ni el latín desapareció con la marcha al Continente del último legionario; tampoco se rompió toda relación con la Romania, con mediación germánica o sin ella, desde los comienzos (hacia el año 450) de la invasión anglosajona. Con todo, el período de penetración densa de elementos léxicos extraños de origen latino, fuera acaso de algún dominio como el religioso, queda bastante bien delimitado.

10. Comparado con la fecha de la introducción del latín en Cerdeña, en Hispania y hasta en la Galia trasalpina, este período es francamente tardío, ya que cae por entero dentro de la época imperial. Por eso resulta chocante el aspecto sumamente arcaico que, a juzgar por los préstamos, ofrece el latín británico.

Conserva, claro está, sin asibilación *c* y *g* ante vocal anterior, hecho que nos es familiar en alguna zona románica y en muchas circunrománicas: *cegin* 'coquina', es decir, \**cocīna* (cf. al. *Küche*, etc.), *certh* 'certus', *cyff* 'cippus', *gefell* 'gemellus', *neges* 'necesse', *plegyd* 'placitum', etc.<sup>31</sup>. Mucho más sorprendente es que la asibilación tampoco se manifieste, en distintas oclusivas, ante yod: *gwyg* 'uicia', *nadolg* (med. *nodolyc*) 'natalicia'<sup>32</sup>, *Padrig* 'Patricius' (irl. ant. *Cothr* (*a*)ige, más

(30) Cf. SOMMERFELT, p. 360 ss.

(31) Las oclusivas sordas se escriben *p*, *t*, *c*; las sonoras, *b*, *d*, *g*; *ff* (o *ph*), *th*, *ch* son espirantes sordas; *f*, *dd*, espirantes sonoras; *ll* y *rh*, *l* y *r* sordas. En las vocales, *w* es *u*, mientras que *u* indica la vocal que fue una especie de *ü*, redondeada, y se ha confundido en galés mod. con *y*, [i], vocal central, en la medida en que ésta no se ha reducido fuera de la última sílaba, antes acentuada. Cf. J. MORRIS-JONES, *An Elementary Welsh Grammar*, Oxford 1953, p. 1 ss. Por ahorrar espacio, se sigue en todo el artículo la práctica de dar entre comillas no el sentido de la palabra, sino la palabra de la que procede o su descendiente moderno: gal. *pawl* '(lat.) pālus', anglosaj. *sāpe* '(ingl.) soap', etc.

(32) Cf. VENDRYES, *Lexique*, s. v. *notlaic*.

reciente *Pátr(a)icc*, *Pátric*, mod. *Pádraig*), *pydew* 'puteus' (cf. irl. ant. *cuithe*, anglosaj. *pytt* 'pit'), *pylgaint* 'pullicantio', *rhaid* 'ratio', *rhaidd* 'radius', *ynydd* 'initium' (cf. esp. ant. *entroydo*, etc., con el mismo valor de 'carnaval'), etc.

Se mantiene la oposición *m / mm* (*emys* 'admissus (equus)' < \**ammiss-*, *gem* 'gemma', pero *calaf* 'calamus', *elfen* 'elementum', *ffurfafen* 'firmamentum'), lo mismo que *b / v* (todavía [w]), y esto no solamente en inicial, como en románico (*bendith* 'benedictio', *bwyst* 'bestia' / *gwener* 'Veneris (dies)', *gwyrdd* 'uiridis'), sino también en interior de palabra y particularmente entre vocales, frente al románico común: *ciwed* 'ciuitas' (y *ciwdod* < *ciuitatem*), *haliw* 'saliva' (irl. ant. *sa(i)-le*) / *cufydd* 'cubitus', *tafarn* 'taberna'.

11. En este marco, se comprende sin trabajo que el latín británico conservara hasta muy tarde en las vocales las diferencias de cantidad. Dejando a un lado los factores perturbadores de la evolución propia, céltica (infección etc.), no hay ahí dificultad alguna en distinguir *i* de *ē* y *u* de *ō*. Así tenemos, de una parte, *ffydd* 'fides', *pysg* 'piscis', *sych* 'siccus', frente a *ffrwyn* 'frēnum', *ffwyn* 'fēnum', *hwyr* 'sērus' y, de otra, *boch* 'bucca', *ffwrn* 'furnus', *torf* 'turma', frente a *ffurf* 'fōrma', *sul* 'Sōlis (dies)', *ysgub* 'scōpa'. La dificultad, como ya se ve por los ejemplos citados, está en distinguir los continuadores de las vocales breves, *i* y *e*, *u* y *o*: cf. *cest* 'cista', *tyst* 'testis', *crog* 'cruce[m]', *swn* 'sonus'. Pero afortunadamente el timbre, a diferencia de la cantidad, nos interesa poco por el momento.

De los pocos ejemplos mencionados se infiere, además, con una claridad total, que la diferencia de cantidad se mantenía incluso en sílaba trabada: *bwyst* 'bēstia' (cf. *eglwys* 'eclēsia'), *ffurf* 'fōrma', ya aducidos, *urdd* 'ōrdo', etc. Frente a la opinión de Weinrich, hay también *ystwyll* 'Epifanía' < *stēlla*. Sin embargo, hay que reconocer honradamente que la vacilación *-l / -ll* (cf. *cannwyll* < *candēla*, ya ant. *cannuill*) quita fuerza al ejemplo<sup>33</sup>.

(33) JACKSON, §91, PEDERSEN, §146.

Como era de esperar, también se ha mantenido la oposición *a / ā*, frente a la fusión común a todos los romances. Aun a costa de anticipar los hechos, conviene advertir ya que, mientras la ant. *a* está representada en general por gal. *a*, su correlato largo se continúa en un diptongo escrito primero *au*, luego *aw*, cuando estaba en sílaba acentuada en galés antiguo, es decir, en la última sílaba (antigua penúltima que quedó en posición final por la pérdida generalizada de las últimas sílabas); si la sílaba era átona, *ā* estaba y está representada por *o*. Pero, al pasar ya tarde el acento de la última sílaba (conservada) a la penúltima<sup>34</sup>, el diptongo se redujo a *o*. No queda, pues, más que una clase de palabras cuyo acento no ha variado y conservan, en consecuencia, el diptongo: los monosílabos. Cf. *arch* 'arca', *carchar* 'carcer' (*carcar* en App. Probi, etcétera), *llafur* 'labor', pero *caws* 'cāseus' (irl. ant. *cá(i)se*), *ffawd* 'fāta', *pawl* 'pālus' (cf. a. al. ant. *pfāl* 'Pfahl') y *allor* 'altāre' (gal. medio *allawr*), *parod* 'parātus' (med. *parawt*), *pechod* 'peccātum' (med. *pechawt*), *trindod* (med. *trindawt*) < *trīn(i)tātem*, etc.

Una vez más, y a pesar de su rendimiento evidentemente escaso, la oposición se mantiene en sílaba trabada: *mawrth* 'Mārtis (dies)' y 'Mārtius (mensis)', *trawst* 'trānstrum' (cf. *palf* 'palma', con *a*). La mayor alteración de las relaciones cuantitativas es la abreviación ocasional ante el acento latino (*pechadur* 'pecador' frente a *pechod* 'pecado', *sadwrn* 'Sāturni (dies)', etc.), que ha de imputarse, sin lugar a dudas, al latín británico, no al céltico.

12. Lo antedicho sólo nos habla del mantenimiento de las oposiciones latinas, y en algún caso de su desaparición, y no de la manera en que la huella de estas oposiciones ha llegado hasta nosotros. No podemos hacernos una idea justa de ese modo y manera, si previamente no examinamos el marco en que esas oposiciones se fueron adaptando e integrando, la es-

(34) Este paso del acento de la última a la penúltima es general en celta británico, excepto en bretón de Vannes. JACKSON, §206 ss., piensa en un desarrollo independiente en cada una de las lenguas, que sitúa hacia el siglo XI.

estructura del receptáculo en que hallaron lugar donde acomodarse.

Para contar una larga historia de la forma más breve posible, diremos que el protocelta, conservando, con algunos ajustes, las cinco vocales breves del indoeuropeo tardío (más o menos como en latín o en osco), había reducido a tres las cinco vocales largas anteriores<sup>35</sup>. Tenemos así el sistema triangular bien conocido en otras partes:

$$\begin{array}{ccc} \bar{i} & & \bar{u} \\ & \bar{a} & \end{array}$$

a cuyo lado, y sin tener en cuenta la sílaba final, hay que poner los diptongos:

$$\begin{array}{ccc} ei & oi & (eu) \quad ou \\ & ai & \quad \quad au \end{array}$$

En ese sistema,  $\bar{i}$  es la confluencia de i.-e.  $\bar{i}$  y  $\bar{e}$ . También en otras lenguas emparentadas vemos que la evolución del vocalismo conduce a un aumento de la frecuencia de  $\bar{i}$ , fonema cuya aparición «regular» tenía que ser un tanto escasa<sup>36</sup>. Sin embargo, el camino seguido ha sido distinto: en germánico, en latín y, en último término, en griego<sup>37</sup> es el diptongo *ei* el que aumenta su caudal. Por otra parte, como en germánico y en eslavo, por ej., los antiguos  $\bar{a}$  y  $\bar{o}$  se han reunido en un solo fonema.

En realidad, las causas de este reajuste están, según toda probabilidad, en la presión de los diptongos<sup>38</sup> que tienden a reducirse a vocales largas y buscan su lugar dentro del espacio de abertura media. Sería, a mi entender, un tanto ocioso em-

(35) Cf., para el galo, C. WATKINS, «The Phonemes of Gaulish. The Dialect of Narbonensis», *Language* 31 (1955), p. 9-19.

(36) Cf. J. VENDRYES, *Choix d'études linguistiques et celtiques*, París 1952, p. 110-114.

(37) Cf. M. S. RUIPÉREZ, art. cit. en la nota 26.

(38) Se ha puesto entre paréntesis el diptongo *eu* porque, a juzgar por las vacilaciones *eu* / *ou* en la escritura (galo *Teutates* / *Toutati*, dat., etc.), debía de estar a punto de confluir con *ou*, lo mismo que en itálico, en fecha ya muy antigua. No obstante, la verdad es que en celta insular, el único bien conocido, se ha dado una confusión total de *au*, *eu* y *ou*.

pezar a discutir los escasos e inseguros testimonios antiguos para determinar si el paso de  $\bar{e}$  a  $\bar{i}$  y el de  $\bar{o}$  a  $\bar{a}$  se habían realizado, cosa segura más que probable, antes de que los diptongos acabaran de ser sustituidos por vocales largas. Me parece ocioso porque, en contra de lo que algunas veces parece admitirse, no creo que de ello se siga ninguna determinación unívoca de la dirección de las fuerzas. En otras palabras, como se podría apoyar con hechos de otras lenguas, esto no basta para dirimir si se trata de «drag-chain» o de «push-chain», para usar las palabras de Martinet<sup>39</sup>.

13. Con la monoptongación, hay un número impresionante de nuevas vocales largas. Según Jackson<sup>40</sup>, a finales del siglo I d. C. están ya cumplidos los siguientes cambios:  $ei > \bar{e}$  cerrada (muy antiguo, como céltico común),  $ai > \bar{e}$  abierta,  $oi > \bar{u}$ <sup>41</sup>, los tres diptongos  $au$ ,  $eu$ ,  $ou > \bar{o}$  (de timbre cerrado). Al mismo tiempo (recuérdese la frecuente asimetría de los sistemas vocálicos, corolario de la asimetría de los órganos de articulación), la antigua  $\bar{u}$  deja libre su puesto, pasando a  $\bar{u}$  larga. El nuevo sistema de vocales largas, mucho más complejo, sería, por lo tanto el siguiente:

$$\begin{array}{ccc} i & \bar{u} & u \\ \epsilon & & o \\ & \epsilon & \\ & & a \end{array}$$

La distinción entre  $\bar{o}$  y  $\bar{u}$  se mantiene corto tiempo: hacia el año 300, siempre según Jackson,  $\bar{o}$ , de timbre ya cerrado, alcanza a  $\bar{u}$  y, a mediados del siglo V,  $\bar{u}$  larga se confunde con  $\bar{i}$  en la segunda etapa de su proceso de palatalización dejando libre el puesto que se ocupará por el proceso  $\bar{u} > \bar{u}$  larga en la

(39) *Word* 8 (1952), p. 1 ss.

(40) Véase la cronología, § 210.

(41) Cf. lat. *ūnus* < *oino-*, etc. Este es el rasgo más problemático de la reconstrucción de Jackson, ya que faltan las pruebas directas de que el resultado de *oi* no confluyó, en  $\bar{o}$  cerrada o en  $\bar{u}$ , con el monoptongo continuador de *au*, *eu* *ou*, en cuanto se realizó la reducción o inmediatamente después. En realidad, esa hipótesis se ha montado sobre todo para explicar el comportamiento de los préstamos latinos, en que  $\bar{o} = \bar{u}$ :



primera mitad o a mediados del siglo vi. Antes, a finales del siglo v o principios del siguiente, *ā* ha pasado a *ō*, de timbre abierto. Suponiendo que la cronología relativa sea exacta, hacia el año 500, antes de que las diptongaciones (acaso ya esbozadas en parte) se lleven a cabo y se derrumbe el antiguo sistema cuantitativo, tendríamos, siempre en sílaba interior, el sistema siguiente, donde cada unidad va seguida de indicación de orígenes:

$\bar{i}$ (= $\bar{i}$ , $\bar{e}$ , $\bar{u}$ larga < $\bar{u}$ )	$\bar{u}$ (= $\bar{u}$ < $oi$ , $\bar{o}$ < $au$ , $eu$ , $ou$ )
$e$ (= $ei$ )	
$\bar{e}$ (= $ai$ )	$\bar{o}$ (= $\bar{a}$ < $\bar{a}$ , $\bar{o}$ )

14. Nos queda por ver dónde se incorporan las vocales largas latinas. Para empezar por la serie posterior, por interesarnos menos aquí, bastará con decir que lat.  $\bar{o}$  y  $\bar{u}$ , sin distinción, se equiparan en sílaba interior a  $\bar{u}$  de este sistema tardío, procedente de protocelta *au*, *eu*, *ou* y *oi*, y su resultado moderno común es *u*<sup>42</sup>: *dur* 'dūrus', *ffur* 'fūr', *plu* 'plūma' (pl.), como *ffurf* 'fōrma', *urdd* 'ōrdo', ya mencionados. Lat.  $\bar{a}$  se iguala a brit. tardío  $\bar{o}$ , protocelta  $\bar{a}$ , que dan galés *aw*, *o*, como se ha visto arriba, §11. Hay un corto número de excepciones, en que lat,  $\bar{u}$  va con protocelta  $\bar{u}$ , brit. tardío  $\bar{i}$  y galés *i* (cf. gal. *cil* = irl. *cúl* = lat. *cūlus*, voces emparentadas): *cib* 'cūpa', *cibell* 'cūpella', *misgl-en* 'mūsculus'<sup>43</sup>; en algún otro caso, lat.  $\bar{o}$  da *aw*, al igual que lat.  $\bar{a}$  y brit. tardío  $\bar{o}$ : *awr* 'hōra', *nawn* 'nōna'.

15. En las vocales anteriores, se registran los siguientes resultados: brit. tardío  $\bar{i}$ , junto con lat.  $\bar{i}$ , desemboca en galés *i*; brit.  $\bar{e}$ , de timbre cerrado, con lat.  $\bar{e}$ , da *wy* (ant. *ui*); la

en una primera etapa tendríamos lat.  $\bar{o}$  = brit.  $\bar{o}$  (de *au*, *eu*, *ou*), lat.  $\bar{u}$  = brit.  $\bar{u}$  (de *oi*), que se confundirían en  $\bar{u}$  en la fase siguiente. Véase abajo, §14.

(42) Se prescinde en todo esto, como se supondrá, de introducir detalles que sólo contribuirían a difuminar las líneas generales de un cuadro ya demasiado complicado.

(43) Obsérvese que los tres casos se dan en contexto labial. Cf. (med.) *achub* 'occupo', *cufigl* 'cubiculum', *uffern* 'ī(n)ferna', *nifer* 'numerus', (ant.) *fual* 'fībula', etc. (JACKSON, §5, 2).

$\bar{e}$  abierta británica, por último, procedente del diptongo protocéltico *ai*, no tiene correlato latino: su resultado en galés es *oe* (ant. *oi*)<sup>44</sup>.

Esta serie contaba en todo momento, conforme a la reseña precedente, con más unidades que la de las vocales posteriores: era, por así decirlo, un cedazo más fino. Esto debe puntualizarse mejor, puesto que el objeto de esta larga excursión por los páramos galeses es el de situar en su contexto auténtico el resultado británico de lat. *ae*.

No hay discusión por lo que respecta a brit.  $\bar{e}$  = i-e. *ei*, de timbre cerrado según Jackson, cuya monoptongación pone el consenso general en fecha muy remota. Esta vocal diptonga en *ia* en irlandés ant., excepto ante consonante palatal, y es la que aparece regularmente en los préstamos como reproducción de lat.  $\bar{e}$ : *fíal* 'uēlum', *riagol* 'rēgula', etc., como *sciath* : gal. *ysgwyd* 'scūtum' < \**skeit*-, *rián* 'mar': *Rhēnus* < \**rein*-, etcétera. En galo, uno de los ejemplos más antiguos sería precisamente *rēda* (*uerēdus*, *parauerēdus* 'Pferd'), lo cual no se compadece muy bien con la opinión que explica la grafía *raeda* como un medio de representar una vocal a la vez larga y abierta en la lengua de origen<sup>45</sup>.

Más reciente tiene que ser la monoptongación de *ai*: cf. lat. *gaesum*, γαῖσος Γαῖσάται en Polibio, etc. < \**gaiso*<sup>46</sup>. Tampoco es tan reconocido que *ai*, en su evolución hasta gal. *oi*, *oe* y sus correlatos británicos, haya tenido largo tiempo el valor de  $\bar{e}$  abierta. Sin embargo, hay testimonios como, en inscripciones, *sēitlo-* que entra en la composición de nombres propios: cf. gal. *hoedl* 'vida' : lat. *saeculum* < \**saitlo-*. Además, en algunos préstamos introducidos en irlandés, brit.  $\bar{e}$  = *ai* se reproduce por irl. *é* (*bés* : gal. *moes*, *cél* : gal. *coel*), pero esta *é* no diptonga

(44) Cf. PEDERSEN, §39 s. El diptongo se produce también secundariamente por vocalización de la implosiva en los grupos *xt*, *xs* ( $\leq kt$ ,  $ks$ ): *noeth* 'noche' (no latino!), *coeth* 'coctus', *doeth* 'doctus'. Para el diptongo *wy*, cf. *ffrwyth* 'fructus', *llwyth* 'carga' etcétera < *luxt*-, *wyth* 'ocho' < \**oxtī* < \**oxtū* < \**oktō*.

(45) VAANANEN, §59. Escrito ρεῖδών gen. pl., en el Nuevo Testamento (Ap. 18, 13).

(46) Cf. POKORNY, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, p. 410; para el bret. ant. *guugoiou* 'spiculis i. telis', véase ahora L. FLEURIOT, *Dictionnaire des glosses en vieux breton*, París 1964, s. v.

nunca, a diferencia de *é* (> *ía*) = *ei*: coincide, en otras palabras, con la *é* nacida de *e* por compensación<sup>47</sup>.

Para Thurneysen<sup>48</sup>, en los comienzos de la tradición irlandesa, la diferencia entre  $\bar{e}$  (= *ei*) > *ía* y  $\bar{e}$  (< brit.  $\bar{e}$  = *ai*) no era exactamente de timbre: ambas eran de timbre variable, pero la abertura era creciente en la primera y decreciente en la segunda<sup>49</sup>.

16. Después de esto, basta con señalar someramente que lat. *ae* ha sido tratado exactamente como *e* en ejemplos claros<sup>50</sup>: *Aifft* < \**Eipht* 'Ae(g)yptus', *i(u)ddew* 'Iudaeus' (cf. *olew* 'oleum', *pydew* 'puteus'), *pregeth*, irl. *precept* 'praecepta' (a través de \**precetta*, cf. gal. *ysgrythur* 'scriptura' con abreviación de  $\bar{i}$  pretónica)<sup>51</sup>, *preseb* 'praesaepe' (frente a rom. *praesēpe*), *ymrain* (*ymre-*) 'impraegno'. Hay que añadir algunos ejemplos irlandeses, como *ceist* 'quaestio', *demon* 'daemon', *eres* 'haeresis'<sup>52</sup>.

Las excepciones son *bloesg* 'blaesus', que en rom. tenía  $\bar{e}$ <sup>53</sup> y *groeg*, med. *groec*, 'Graecus', que fue al parecer bisílabo en otro tiempo y tendría, por lo tanto, distinta explicación. Pero, sea de esto lo que fuere, lo mismo que de algún ejemplo irlandés contradictorio<sup>54</sup>, no pesan lo suficiente para invalidar las pruebas de que en céltico, y particularmente en las lenguas británicas, lat *ae* se confundió con *e* y también, en último término, con la *e* breve patrimonial de esas lenguas.

Es curioso, y vale la pena señalarlo, que *poena*, contra lo

(47) JACKSON, §27, PEDERSEN, §38.

(48) *A Grammar of Old Irish*, §53 ss.

(49) A causa de la diptongación, en el primer caso, y de la grafía *ée*, *éi* en las glosas de Wurzburg, en el segundo. En los textos irlandeses más antiguos hay todavía un diptongo vacilante (*ái*, *de*, *oi*, *óe*), que alguna vez corresponde a gal. *é* = *ei*: *macwyf*, irl. *mac-coim* 'muchacho' (THURNEISEN, §66).

(50) JACKSON, §29, PEDERSEN, §132.

(51) Con su correspondiente verbo: *in precept ro pridchus sa* «la predicación que tengo predicada», etc. Cf. VENDRYES, *Lexique*, s. v. *precept* y *pridchaid*.

(52) Cf. THURNEISEN, §923.

(53) FEW 1, 392 b.

(54) Ant. *gréc* 'Graeci' y *spéir* 'sphaera', que JACKSON cree tardíos.

que sucede en románico y germánico, no fue tratado en galés como *pēna*, cuyo resultado habría sido naturalmente gal. \*\**pwyn*: el continuador es *poen*. Sus equivalentes en las otras lenguas británicas son ambiguos, pero en irlandés tenemos el esperado *pían*<sup>55</sup>.

Pedersen, que acepta el hecho de la igualdad *ae* = *e*, lo explica suponiendo que el celta británico, al carecer de una vocal larga de timbre análogo, tuvo que recurrir a la breve *e*. Después de lo que llevamos visto, sin embargo, lo natural es no pensar en un fenómeno de adaptación y admitir con Jackson que sencillamente en latín británico, no en celta, se habían confundido, como después en británico, *e* y el diptongo *ae* en una misma vocal breve.

17. Sin menospreciar el valor de las pruebas directas, creo que podría decirse, sin faltar a la verdad, que la opinión que sostiene que el resultado de *ae* fue una vocal larga se basa ante todo en un postulado tácito, que se podría formular así: mientras una lengua mantenga la correlación vocálica de cantidad, un diptongo al monoptongarse no puede tener otro resultado que una vocal larga. También por eso, quienes no acaban de aceptar en nuestro caso esa cantidad, se buscan salida por el rodeo que consiste en demorar la monoptongación plena hasta una época en que la cantidad vocálica ya no existía o estaba al menos en vías de desaparecer.

Ahora bien, si ese postulado, explícitamente formulado, tiene una base empírica, habría que reunir y valorar el mayor número posible de datos de distintas lenguas. La verdad es que así, a primera vista, se diría que es muy crecido el número de ejemplos favorables, pero probablemente no será imposible hallar, fuera del latín, algunos hechos que falsifiquen la inducción.

En todo caso, es difícil aceptar por ahora esto como ley universal que determina estricta y unívocamente las posibi-

---

(55) Alguna vez *pén* (por arcaísmo?). Cf. VENDRYES, *Lexique* s. v. *pían*.

lidades de la experiencia. Y, en nuestro caso, parece fuera de dudas que un tipo de latín provincial, el hablado en la Gran Bretaña, conservó hasta muy tarde las diferencias de cantidad y, a pesar de eso, había reducido *ae* a *e*, a una *e* que no era larga, sino breve.

Sería temerario generalizar, a partir de ahí, al latín hablado en otras regiones del Imperio, sobre todo si se toma en cuenta el posible carácter arcaico de ciertas variedades marginales de la lengua, pero no deja de ser un indicio de que tal cosa también pudo haber ocurrido en otros países<sup>56</sup>.

LUIS MICHELENA

---

(56) Sólo cuando este trabajo estaba en pruebas he tenido ocasión de leer el artículo de CURTIS BLAYLOCK, «The Monophthongization of Latin *ae* in Spanish», en *Romance Philology* 18 (1964), p. 16 ss., estudio mucho más amplio de lo que el título parece indicar, ya que las causas de la frecuencia del doble tratamiento español se examinan desde muy arriba.